

El caso de Argentina a fines de 1976...

# DIÁLOGO

# ...con las REVISTAS

## GUERRAS Y FANATISMOS

El Ciervo n. 48, Septbre.-Octubre 1956

La *Oración por el Cabo John Archibald Drew* que Juan Masana ha escrito, tan ingenua y tan filosóficamente, nos deja sobre la mesa esos terribles puntos suspensivos de los “porqués” de las guerras.

¿Pueden existir razones de peso para embarcarse en una empresa de tan duras e ineludibles consecuencias?

¿O es que ese revulsivo de la guerra no será acaso sino un *fanatismo* más por parte de quien sea?

Todo puede ser, pensamos. Pero si en el mundo sólo existen valores de orden material, quizás, entonces, ni aun la vida mereciera vivirse, por la enorme paradoja de no encontrarse una causa grande por qué entregarla.

Mas la presencia de Dios en el mundo —Religión, Cristo, Iglesia— constituye de hecho una serie de valores de orden superior, ante los cuales —no siempre, pero posiblemente— será preciso renunciar a valores del plano material.

Y colocados en este punto de visión —perspectivismo real y noble— dejaría de ser un *fanático* el que se entregara a una guerra por defender los voluminosos valores del espíritu.

Porque *fanático* es, según la última edición del Diccionario (1956), el “que defiende con apasionamiento y celo *desmedidos* creencias u opiniones religiosas”.

Y tenemos que hacernos esta pregunta: ¿Es posible que haya *fanatismo*, al menos en una guerra defensiva en que se pusieran en litigio los intereses de Dios, la libertad religiosa de un pueblo, por ejemplo?

El Primer Mandamiento de la Ley de Dios nos manda amarle con *todas* nuestras fuerzas, con *toda* nuestra alma, con *todo* nuestro corazón. (Cfr. Éxodo, 6, 5).

No olvidemos el magnífico comentario de San Bernardo: “la medida del amor es amar *sin medida*” es decir, fanáticamente. (De diligendo Deo, 1. 1).

Y esta misma *desmedida* del amor hay que aplicarla al amor al prójimo, pues es Jesucristo mismo quien completó: “y el segundo mandamiento es semejante al primero” (Mc. 12, 31).

En las Cruzadas hubo grandes fracasos; sin duda grandes defectos (¿en qué obra de los hombres no los hay?). Pero lejos de nosotros el despreciar aquel gigantesco esfuerzo de la fe medieval por reconquistar los Santos Lugares y libertar a los cristianos cautivos. Digamos más bien que nuestra fe actual es tan débil que es incapaz de volverse loca, “fanática”,

por Cristo y realizar un gesto semejante. Los grandes empeños del espíritu nunca pueden medirse por los defectos que lleve su realización ni por los fracasos a que puedan conducir. Los tímidos rara vez mueren heroicamente.

Tal vez tengamos que decir que aquella fe de nuestros medievales sea un fanatismo *para nosotros*, para nuestro siglo XX, que no ha sido capaz de librar a nuestros hermanos los húngaros de la persecución y el aplastamiento.

¡Qué fríos e indiferentes hemos oído las palabras del Papa en favor de Hungría, que tenían —¿por qué no decirlo?— el acento palpitante de Pedro el Ermitaño convocando a una Cruzada!

En esto, lo reconozco con dolor, hemos sido menos *fanáticos*, un poco más *equilibrados* que los Cruzados... hemos sido más actuales.

Joaquín M.<sup>a</sup> Carretero, S. I.

## POBREZA RELIGIOSA

Congreso de Perfección y Apostolado

En el Congreso de Perfección y Apostolado celebrado en Madrid hubo una comunicación interesante sobre la proyección social de la pobreza de los Institutos Religiosos.

El autor propugna una mayor "encarnación" de esos Institutos dedicados al apostolado, dentro del mundo proletario. "Sin encarnación no hay redención", proclama.

No podemos menos de alabar sinceramente esas conclusiones. Casi me atrevería a decir en voz baja, al oído, para que nadie se rasge las vestiduras, que debiera haberse exigido más. Pero, en fin, las alabamos, en espera de que el P. Díez-Alegría, autor de la comunicación, siga hablando de estas cosas.

Queremos, por nuestra parte, corroborar y prolongar esas conclusiones. Pero en vez de partir del hecho circunstancial del proletariado de nuestros días, vamos a alargarnos un poco hasta los últimos fundamentos de la "presencia" del sacerdote en el mundo pobre y proletario.

Esos fundamentos no pueden encontrarse más que en el seguimiento sincero, leal, de Cristo pobre, que es a lo que nos hemos comprometido.

Cuando Jesucristo proclama el mensaje de la pobreza, no pretende con ello vincularse a ninguna clase social. De hecho, muchos pobres no siguieron a Cristo, y no faltaron Nicodemos y Lázarus que le siguieran. Cristo, por encima de toda "clasificación" social, vino a decirnos que buscáramos ante todo el Reino de Dios (Mt. 6, 33), ese "tesoro escondido" por el que había que renunciar de corazón a los bienes terrenos (Mt. 13, 44) (1).

Desde entonces, cuantos queremos seguir a Cristo y aceptar su mensaje, hemos de vivir como Él y nuestra luz resplandecerá en el mundo. La luz, decimos, de la Santa Pobreza, capaz por sí sola de romper el hielo de las injusticias sociales.

(1) No obstante, es cierto que el Señor mostró una especial predilección por los pobres, cuya evangelización constituía una de las señales de su mesianidad. (Cfr. Mt. 11, 2-6).

No hemos de ser pobres precisa y principalmente porque hoy la mayoría inmensa de los hombres lo sean. Nosotros hemos de vivir en pobreza porque Cristo fué pobre y nos invitó a seguirle, y porque el mensaje que hemos de predicar al mundo no puede coexistir con el amor a los bienes de la tierra. Y aunque el mundo tome un aspecto más risueño, aunque el bienestar material y la holgura económica llegara a ser patrimonio de todos los hombres, aunque no hubiera pobres en el mundo, la misión de la pobreza quedaría intacta y nosotros con la obligación indispensable de vivir pobres como Jesucristo.

Sólo así es como seremos un testimonio para todos —ricos y pobres—; porque hemos de acordarnos siempre que Cristo vino a salvarlos a todos. Entonces también, nuestra pobreza, en contacto con las circunstancias de hoy, avivará más la importante función social que siempre le tocó cumplir. Y el ansia de imitar más de cerca a Jesucristo —como es nuestra obligación— nos llevará tal vez a conclusiones aun más arduas y exigentes que las que con alguna timidez nos ha propuesto el P. Díez-Alegría.

Los pobres verán en nosotros una genuína conducta evangélica, un resplandor de Cristo, y un desasimiento viril de todo compromiso con otras clases sociales. Los ricos aprenderán de nuestro desprendimiento el desinterés con que vamos buscando sus almas. Todos caerán en la cuenta de que las verdaderas riquezas no son las de la tierra, que traen dividida trágicamente a la humanidad, sino el Reino de los Cielos, predicado por Jesús.

La pobreza realizará así la más estupenda de sus funciones sociales: desarraigar del mundo la avaricia y alentar el sentido de nuestra fraternidad cristiana.

La idea de que “sin encarnación no hay redención” no será tan sólo una norma más en la técnica de adaptación del apostolado. Será la necesidad urgente de vivir la pobreza evangélica hasta sus últimas consecuencias, como primera condición de eficacia de *todo apostolado que se llame cristiano*. Necesidad puesta más de relieve por la circunstancia, más o menos transitoria, de la situación social de nuestro tiempo.

Volvemos, una vez más, a lo de siempre: hay que retornar al Evangelio que es una *fuerza divina* para la redención del mundo, “*dynamis theu*” que diría el maestro del apostolado moderno, San Pablo.

Joaquín M.<sup>a</sup> Carretero, S. I.

## UNA ENCUESTA ENTRE MUCHACHOS DE 15 A 18 AÑOS

*La Vie spirituelle*, Supplement, n. 39, 15 Nov. 1956 (1)

Son interesantes y atractivas las encuestas religiosas. Son como un diario colectivo que muestra una intimidad celosamente guardada. La encuesta hace reflexionar porque nos señala a todos. Esta encuesta sobre las causas que apartan a los chicos de la Iglesia, es una enseñanza abierta a todos los hombres de buena voluntad que están cerca de los muchachos.

Los muchachos de la encuesta fueron esos jóvenes franceses de 15 a 18 años que formarían los cursos superiores de nuestros colegios e institutos de segunda enseñanza. Las clases sociales de estos chicos son diferentes, aunque es muy grande la presencia de la clase media.

Estos muchachos franceses dicen por qué están lejos de la Iglesia. Este apartamiento de la Iglesia es un apartamiento práctico; ellos siempre

(1) La revista italiana «Digest religioso» en su número de invierno, 1957, recoge también esta encuesta. En su comentario hace observaciones muy oportunas que hemos tenido en cuenta.

dirán que son católicos. Pero su vida cristiana fría está apagada o está muerta.

Nos interesa esta encuesta por sí misma y por su enseñanza. Su enseñanza es señaladora de un camino para educar. Es verdad que es este un paradigma francés, y muchos querrán ver en él sólo un dato informativo; pero insisto en que, aun para nosotros, tiene un valor normativo también, señalador de la ruta educativa para no llegar a consecuencias similares. Es más: creo que una encuesta entre nuestros muchachos acusaría un fondo común con esta encuesta francesa. Un fondo común: porque si bien podríamos encontrar, tal vez, variantes en la ambientación moral externa española, hay un elemento interno —el de la adolescencia con su evolución psíquica y psicológica— que haría coincidir unitariamente a los muchachos de todos los países.

Si queremos reducir a tres puntos las cosas que dicen estos chicos, aquí están:

—Les aburre la misa dominical.

—Pecan —pecado de impureza— y el pecado les aleja de Dios.

—El mundo moderno no da mucha cabida a lo espiritual e invisible.

En lo primero —el acto litúrgico central de la vida católica les aburre— me parece que hay una indicación clara de una posible culpabilidad no precisamente en los muchachos.

La liturgia pastoral que ha superado, razonablemente, a todo movimiento arqueológicamente restaurador de magnificencias dudosamente litúrgicas más o menos medievales, tendría un puesto —debería tenerlo— de primacía entre los muchachos que educamos.

Cuando se leen en la encuesta las cosas que dicen de la misa, siente uno la responsabilidad grande de servir un derecho cristiano en esos jóvenes, para el que debe haber una obligación cristiana en los educadores.

Tienen derecho a ser recibidos en esa comunidad cristiana junto al altar, y sentir allí el calor familiar evangélico de la gran familia íntima de Cristo.

Tienen derecho a que les enseñemos un camino eucarístico central y vital, forjador y mantenedor de la diaria heroicidad cristiana.

Tienen derecho a saber qué es Cristo crucificado y sacrificado, y qué valor tiene en la vida de ellos ese sacrificio que Cristo renueva siempre en el altar.

Tres derechos que están señalando en nosotros tres responsabilidades. Quizás tres deficiencias. Quizás tres abandonos. O, lo que es peor, tres rutinas.

Dicen después los muchachos que el pecado los aparta de Dios. El pecado al que estos chicos se refieren es el pecado contra la castidad. "El pecado me aleja de Dios; yo creo que no puedo ser perdonado". Esto repiten.

Hace poco escribíamos en esta misma sección un comentario al estudio sobre la castidad que A. Ple, publicó en el n. 36 de *Supplement, La Vie Spirituelle* (2). Allí la castidad cristiana se presentaba como una armonía cimentada en la fórmula unitaria vital del cristianismo: fe, esperanza y caridad. Ahora los muchachos de nuestra encuesta dicen que el pecado impuro los aparta de Dios, porque rompe en ellos esa armonía por el eslabón de la esperanza.

Muere en ellos primero la esperanza. Muere la esperanza de volver a Dios. Después se apagará la fe porque están muy lejos de la luz. Mucha-

(2) Cfr. «Proyección», Octubre, 1956, pp. 207.

chos que no pueden rezar porque han perdido la esperanza. Que tienen un gran deseo de volver a Dios, de encontrar en Él la paz; pero quizás le temen demasiado. No están seguros de que la Sangre de Cristo sea testimonio de un gran amor personal por cada uno de ellos. No saben bien qué quiere decir eso de que la bondad de Dios es infinita.

Aquí nuestra reflexión es así: Tal vez no hemos enseñado suficientemente a los muchachos a esperar en Dios, a fiarse de Él. No les hemos enseñado bien qué es eso de la esperanza cristiana, aunque la esperanza sea nada menos que una virtud teologal de las que unen con Dios, y rectamente. Quizás los chicos piensan demasiado que Dios es una especie de gran policía, guardián demasiado celoso de sus derechos. No sé; pero estos muchachos dicen algo que nos debería hacer pensar un poco. Convendría decirles mucho —porque lo sentimos nosotros así— aquello de Jesucristo: “Si alguno me ama guardará mis mandamientos, y mi Padre le amará y vendremos a Él”. Porque esto tiene algo que ver con la gracia, y porque cosas como estas dan confianza en Dios.

El temor de Dios, está ya bastante bien remachado. En esta encuesta los muchachos dicen que le temen tanto que no se atreven a acercarse a Él. Le temen tanto que han perdido la esperanza.

Dicen también los chicos franceses de 15 a 18 años cosas como estas: “En este mundo de materialismo la religión pasa a segundo plano”.

“Yo pienso mucho más en mis deberes escolares que en mis deberes para con Dios”.

“No hay tiempo de pensar en Dios”.

Y la cuestión es que cualquiera de estos muchachos tiene un corazón lo suficientemente joven y nuevo para hacer *en este mundo* algo grande por Dios. Es cuestión de corazón, porque era cuestión de corazón aquello que decía Jesucristo cuando habló de un sembrador que sembraba en los campos: “Lo que cayó en buena tierra son los que después de haber oído la palabra, la conservan en su corazón noble y bueno y producen fruto con constancia”. (Lc 8, 15).

Ahí tenemos el corazón de los muchachos; todos los educadores dicen: “es bueno”, “es noble”. Parece que el corazón de los muchachos debería ser esa buena tierra de Cristo. Pero no lo es; no ha fructificado Cristo ahí. En esta siembra de Cristo no bastarían la bondad y la nobleza. La vida verdadera no brota con eso *sólo*. Hay algo más, algo indispensable que es la gracia de Dios.

Si presentamos en el cristianismo sólo un ideal de bondad y nobleza, los muchachos, que son exigentes, encontrarán un poco raquítico ese ideal, y quizás pongan su bondad y su nobleza al servicio de otras cosas del mundo, dejando morir la semilla de Dios.

Conviene que los muchachos conozcan que la gracia de Cristo es un dinamismo interno y vital, totalizador de la vida en una aventura heroica de juventud. Una aventura exigente de cada día, mantenida en ese mundo materialista que les aparta de Dios. Una aventura que es como la llamada de un Jefe, Jesucristo, a quien es bueno servir, y con quien es bueno estar siempre.

Conviene que conozcan lo que la gracia de Cristo es. Y la abertura de ideal que el cristianismo ofrece, cada día de la vida, a sus corazones nobles y buenos, si están elevados por la acción dinámica sobrenatural de la gracia de Cristo. Al fin y al cabo Jesucristo dijo: “Yo he vencido al mundo”.

Andrés M.<sup>o</sup> Sevilla, S. I.